

Sánchez Leal, malagueño, pintor desde hace año y medio, abrió una exposición

Es P. N. N. en la Facultad Complutense de Económicas, está casado con una malagueña y tiene tres hijos

MADRID. (Servicio especial para el diario SUR).—Hace algún tiempo, en ocasión de la apertura de una exposición en la galería Lázaro, Eulogio Rosas, el pintor paisano y amigo, nos presentaba a Enrique Sánchez Leal y nos decía que había empezado a pintar y que esperaba llegar a efectuar una muestra de las obras que salieron de su paleta.

¡Pues qué bien!, pensamos por nuestra parte. Será un malagueño más que muestre lo que es capaz de copiar o crear.

Pasó algún tiempo y en otra exposición, esta vez en Kreisler y con cuadros de Paco Hernández, Sánchez Leal nos saludaba, con su eterna sonrisa de hombre agradable y culto y volvimos a hablar de los mismo. Es decir que pintaba y que quería hacer una exposición de sus lienzos.

¡Pues qué bien! volvimos a pensar por nuestra parte.

Y a los dos o tres meses, quizá menos, nos llega la invitación para la apertura de una muestra de Enrique Sánchez Leal.

¡Pues qué bien!, volvimos a pensar por tercera vez. Ya tenemos aquí a un malagueño más que va a poner al mundo patas arriba, pintando y pintando. ¡Ya veremos lo que ha hecho este hombre!

Y lo vimos, el domingo 21 de mayo y nos quedamos sumamente complacidos, porque a no dudar, en nuestro paisano hay madera, fibra, espíritu de pintor. No cabe duda que ha de decantarse, como lo buenos caldos jerezanos, pero insistimos en afirmar que ha pisado fuerte en esa senda, camino o vereda, que lleva al triunfo.

Sabe «ver» el hecho y sabe «hacer» el hecho. Profunda alquimia de pinceles, colores y paleta, donde al alquimista, el artista, realiza como por arte de brujería, el brebaje justo y exacto que da la medida de su profundidad realizada.



Enrique Sánchez Leal

Enrique Sánchez Leal, «traga» la luz mediterránea cuando está en Málaga, o «bebe» muy despacio los grises de Castilla. Ambos los trasplanta, junto al colorido del verde restallante o el verde apagado, el marrón duro y agresivo de las sierras centrales o el pálido reflejo del sol sureño, sobre sierras de pizarra meridional, a el lienzo de su caballete y el resultado es una obra que hemos de admirar porque él ha sabido darle tal calidad de realismo, que no puede obtenerse más.

Mucha gente, bastante, en el acto de apertura en el Meliá Castilla, al mediodía, cuando por las calles madrileñas andaban bajo una lluvia agotadora, y también ellos agotados, los cuatro o cinco mil personas, de ambos sexos y de todas las edades, que habían tomado parte en el maratón de los cuarenta y dos kilómetros y medio, que organizó gigantescos tapones de circulación y que a nosotros nos hizo llegar con una hora de retraso el acto a que nos estamos refiriendo, la exposición de nuestro paisano.

Conseguimos en el maremagnum del cóctel que se sirvió hacer un apartado con Enrique Sánchez Leal...

—Nací en la Ciudad Jardín. Soy malagueño ciento por ciento. Mis padres son también malagueños y concretamente mi padre es profesor de EGB o maestro nacional, como quisieras llamarle, en Málaga.

Mi mujer, Mary Carmen Chamizo, es también malagueña y tengo tres hijos, asimismo malagueños.

—¿Tú qué has estudiado?

—Bueno, el bachiller en Málaga. Tenía ya ganas de pintar, pero mi padre con muy buen acuerdo y que yo ahora agradezco en lo que vale, me decía que había que tener una carrera para ganarse las habichuelas. Por ello me hice licenciado en Ciencias Económicas. Yo desde luego en cuanto a mi actividad artística, no he pasado por ninguna escuela ni he tenido profesor. Soy en consecuencia lo que se llama un autodidacta.

—¿Y ahora qué haces?

—Soy PNN en la Facultad de Políticas complutense. Mi mujer también está en la biblioteca pues asimismo, es licenciada. Luego estoy también por las tardes y cuando no tengo clase en la Facultad, en las oficinas de una importante empresa norteamericana con actividad en nuestro país. Y finalmente como hobby, es decir en mis ratos libres, lo que quiere decir que en ningún momento le robo un ápice de tiempo a mis otras actividades, me dedico a pintar.

—¿Qué tiempo hace que pintas?

—Exactamente año y medio. Antes solo hacía, de vez en cuando, algún que otro mono.

—¿Cuándo me has dicho que pintas?

—Pues solo los sábados y domingos, que son los días en que no trabajo en otra cosa. Tanto es mi deseo de pintar que en ocasiones hago el viaje de fin de semana a Málaga en avión, para poder pintar algún rincón de nuestra tierra.

—¿Tanto la quieres?

—¡Qué cosas tienes Raúl! ¡Cómo a mi propia vida!

—¿Dónde tienes el estudio?

—¡En ninguna parte! Yo siempre pinto en el campo. No puedo hacer nada dentro de una habitación. Además, si te

dijera una cosa no la creerías. Pinto sin darle importancia a lo que hago y si me he tomado una copa, aún lo hago con más alegría.

—¿Tienes amigos pintores?

—Muchos. Y cuando estoy con ellos me encuentro muy a gusto.

—¿Has pintado el mar?

—No. No lo he pintado nunca. Y casi me atrevo a decirte que le tengo un poco de miedo a hacerlo.

—¿Has pintado la noche?

—No. Tampoco. Me ocurre igual que con la marina. Sin embargo, un día que esté en vena lo haré. Puedes estar seguro. Yo soy un gran romántico y por eso me entrego a la naturaleza con toda mi alma. Una puesta o salida de sol; el susurro del viento en las hojas de los árboles... todo ello me dice mucho.

Eulogio Rosas que está con nosotros interviene:

—Ten la seguridad Raúl de que Sánchez Leal tiene un gran pintor dentro y es capaz de realizar cualquier obra pictórica.

—¿Contento hoy?

—Hazte cuenta. Es mi primera exposición. Esta noche no he dormido pensando en este momento.

—¿Cuántos cuadros?

—En total treinta y tres óleos.

Y no puede continuar la conversación porque son muchas las personas que han acudido a la muestra y que se dirigen a cada momento a Enrique Sánchez Leal para felicitarle. Y también nosotros lo hacemos.

Cuando abandonamos la sala ya hay varios cuadros con la notita de «vendido». Y al salir a la calle continúa lloviendo, como dice un amigo nuestro, a «punta de pala».

Raúl de Montemar